LA MIES A ORILLAS DEL MAR

Desde el amanecer corríamos á través de la llanura en busca del mar, que huía siempre de nosotros entre esos promontorios, esos cabos y esas penínsulas que forman las costas de Bretaña.

De vez en cuando descubríase en el horizonte un rincón de color azul marino, como una lontananza de cielo más oscuro y movible; pero el azar de esos caminos tortuosos que hacen pensar en emboscadas y par-

LA MIES A ORILLAS DEL MAR

Desde el amanecer corríamos á través de la llanura en busca del mar, que huía siempre de nosotros entre esos promontorios, esos cabos y esas penínsulas que forman las costas de Bretaña.

De vez en cuando descubríase en el horizonte un rincón de color azul marino, como una lontananza de cielo más oscuro y movible; pero el azar de esos caminos tortuosos que hacen pensar en emboscadas y par-

tidas facciosas disipaba al pronto la entrevista aparición. Así llegamos á una aldehuela antigua y rústica, de calles oscuras y estrechas como los callejones argelinos, intransitables de estiércol, gansos, bueyes y cerdos. Las casas parecían chozas, con sus puertas bajas y ojivales, chafarrinadas de blanco, señaladas con cruces de cal, y sujetos sus postigos por esas largas barras transversales que sólo se ven en los países de mucho viento. Sin embargo, el pueblecito bretón tenía aspecto de bien resguardado, tibio y tranquilo. Hubiérase creído uno á veinte leguas tierra adentro. De repente, al desembocar en la plaza de la iglesia, nos encontramos rodeados de una luz deslumbradora, de un gigantesco empuje de aire, de un ruido de olas ilimitado. Era

el Océano, el Océano inmenso, infinito, con su olor fresco y salobre, y con ese gran abanicazo que la marea ascendente hace dar en su embestida á cada ola. El villorrio se adelanta y yergue al borde del muelle, continuando la calle por un malecón que la enlaza con una caleta, donde están amarradas algunas barcas pescadoras. La iglesia alza su espadaña como un vigía junto á las olas; y en torno de ella, último límite de ese rincón de tierra, hállase el cementerio, con sus cruces torcidas, sus hierbas juguetonas, y su cerca baja y desportillada donde se recuestan poyos de piedra.

Verdaderamente no es posible encontrar nada más delicioso y retirado que esa aldeita perdida entre las rocas, interesante por su doble aspecto marino y pastoril. Pesca-

dores ó labradores todos ellos, las gentes de aquí son de áspero acceso, poco atractivo. No os invitan á que os quedéis, antes al contrario. Pero poco á poco se humanizan, y asombra encontrarse con seres sencillos y buenos, bajo una corteza tan ruda. Aseméjanse mucho á su país, á ese suelo peñascoso y resistente, tan mineral, que los caminos—hasta al sol—toman un tinte negro salpicado de lentejuelas chispeantes de cobre ó de estaño. La costa que deja al descubierto ese terreno pedregoso es austera, feroz, abrupta. Fórmanla derrumbamientos, cantiles cortados á pico, grutas excavadas por el oleaje y donde se abisma el mar dando mugidos. Cuando baja la marea, hasta donde alcanza la vista descúbrense escollos que asoman sobre las aguas su dorso de

monstruos, relucientes y blancos de espuma como gigantes cachalotes encallados en la playa.

Por un singular contraste, campos de trigo, de viñedo ó de alfalfa, extiéndense á dos pasos no más de la costa, entrecortados y separados por pequeñas cercas como setos, y verdes por los espinos. La vista, fatigada por el vértigo de los altos escarpes, por esos abismos adonde se baja con cuerdas sujetas á las piedras, por las rompientes espumosas, encuentra un descanso en medio de la uniformidad de los llanos, de la naturaleza íntima y familiar. El menor detalle rústico se engrandece sobre el fondo azul verdoso del mar, presente siempre al revolver de los senderos, en el hueco entre dos techumbres, por las brechas de los paredones, al fondo

de una calleja. El canto de los gallos parece oirse con más claridad, rodeándolos mayor espacio. Pero lo verdaderamente hermoso es el hacinamiento de las mieses al borde del mar, las doradas gavillas que se destacan sobre las ondas azules, las eras donde se trilla á compás; y esos grupos de mujeres sobre las rocas cortadas á pico, buscando la dirección del viento y aechando el trigo entre sus manos, con actitudes de evocación. El grano cae como lluvia regular y espesa, mientras que la brisa marina arrastra la paja formando remolinos. Los bieldos abalean el grano en la plaza de la iglesia, en el muelle, hasta en el arenoso pedregal del malecón, donde hay extendidas grandes redes de pescar para que se sequen sus mallas entremezcladas con plantas acuáticas.

Durante ese tiempo recoléctase también otra cosecha, pero á la parte baja de las rocas, en ese espacio neutral que la marea invade y descubre alternativamente: es la recolección de los fucos. Al desplegarse cada ola por la ribera, deja su huella marcada por una línea ondulante de vegetaciones marinas, ovas ó sargazos. Cuando sopla el viento, corren las algas, haciendo ruido á lo largo de la playa; y allí hasta donde alcanza el mar sobre los peñascos, se embuten y se ostentan esas largas cabelleras mojadas. Recógense en pesadas gavillas y se apilan en la costa formando oscuras moles violáceas, con todos los matices de las olas, con esas extrañas irisaciones de peces que mueren ó de plantas que se marchitan. Cuando el montón está

seco, lo queman y extraen de él la sosa.

Esta singular cosecha se recolecta con las piernas desnudas, durante la baja mar, entre esos mil pequeños lagos tan límpidos que deja el mar en su sitio al retirarse. Hombres, mujeres y niños se meten entre las peñas resbaladizas, armados con inmensos rastrillos. A su paso huyen despavoridos los crancos, se emboscan, se aplanan, sacan sus pinzas; y los caballitos transparentes dejan de verse bien, confundiéndose su color con el del agua turbia. Los sargazos que se recogen y amontonan cárganse en carretas con bueyes uncidos al yugo, que atraviesan pesadamente y con la cabeza baja el desigual terreno. Por cualquiera parte que se mire, se encuentran estas yuntas. A veces,

en lugares casi inaccesibles, á los cuales se llega por abruptos senderos, aparece un hombre conduciendo por la brida un caballo cargado de plantas colgantes y chorreando. También se ven niños que transportan sobre palos cruzados á modo de parihuelas, su rebusca de esta cosecha marina. Todo ello forma un cuadro melancólico y atractivo. Las gaviotas vuelan espantadas gritando en torno de sus huevos. Allí está la amenaza del mar; y lo que acaba de hacer solemne este espectáculo, es que, durante esta cosecha recogida en los surcos del mar, como durante la lograda de los surcos de la tierra, reina el silencio, un silencio activo, con el esfuerzo de un pueblo en frente de la naturaleza avara y rebelde. Una llamada á los bueyes, un chirrido agudo

que resuena dentro de las cuevas; he aquí todo lo que se oye. Parece que se cruza á través de una comunidad de trapenses, de uno de esos conventos donde se trabaja al aire libre con una regla de perpetuo silencio. Ni siquiera vuelven la cabeza los conductores para miraros pasar; sólo los bueyes fijan en vosotros sus ojazos abiertos é inmóviles. Sin embargo, ese pueblo no es triste, y cuando llega el domingo, sabe divertirse en grande y bailar las antiguas danzas bretonas. Hacia las ocho de la noche reúnense al borde del muelle, delante de la iglesia y del cementerio. La palabra «cementerio» tiene algo que asusta; pero si vieseis aquel sitio no os amedrentaría. Nada de bojes, cipreses ni mármoles; nada convencional ni solemne. Tan sólo cruces

enhiestas en donde se repiten muchas veces los mismos apellidos (como en todos los pueblos cuyos habitantes se enlazan entre sí), altas hierbas iguales en todas partes, y unos muros tan bajos que los niños los escalan jugando, y los días de entierro se ve desde fuera la concurrencia arrodillada dentro.

Al pié de esa baja cerca, los viejos van á sentarse al sol para hilar ó dormir entre el cercado inculto y silencioso y la movible eternidad de los mares...

Allí delante es donde la juventud baila los domingos por la noche. En tanto que aún sube de las olas un poco de luz á lo largo del malecón, se aproximan los grupos de mozas y de mozos. Se forman los corros, y una voz cascada empieza á cantar sola, con un ritmo

sencillo que está llamando al coro tras de ella:

Es en la corte del Plato-de-Estaño...

Y todas las voces repiten juntas:

Es en la corte del Plato-de-Estaño...

Animase la ronda, giran las cofias blancas entreabriéndose á los lados como alas de mariposa. Casi siempre el viento del mar se lleva la mitad de las palabras:

...perdí mi servidor...
...irá de mi calor...

La canción parecía así más candorosa y encantadora, oída en fragmentos, con extraños elipsis tales como se estilan en los cantares de aldea, compuestos al bailar, más atentos al ritmo que al sentido de las frases. Sin otra luz que un va-

garoso rayo de luna, la danza parecía fantástica. Todo es gris, negro ó blanco, con ese tinte neutro que acompaña á las cosas más bien soñadas que vistas. Poco á poco, á medida que sube la luna, las cruces del cementerio y la del gran calvario que está en la esquina se alargan, llegan al corro de baile y se mezclan con él... Dan las diez. Sepáranse. Cada cual vuelve á su casa por las callejuelas del villorrio, que en esos instantes presenta un aspecto extraño. Los escalones descantillados de las graderías exteriores, los ángulos de las techumbres y los cobertizos abiertos donde penetran las tinieblas de la noche oscuras y compactas, se inclinan, se redondean, se amontonan. Caminan las gentes á lo largo de vetustas tapias rozadas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

por enormes higueras; y mientras que al andar aplastan la hueca paja del trigo trillado, mézclase el olor del mar con el cándido aroma de las mieses y de los dormidos establos.

La casa donde habitamos está en el campo, un poco apartada de la aldea. Al volver por el camino, vemos á la conclusión de los setos las luces de los faros refulgir desde todos los extremos de la Península, un faro brillante, una luz giratoria, una luz fija; y como no se ve el Océano, todos esos vigías de los negros escollos parecen perdidos en la apacible campiña.

EL ESPEJO

Al Norte, á las márgenes del Niemen, llega una tierna criolla de quince años, blanca y sonrosada como la flor del almendro. Viene del país de los colibríes, la conduce el viento del amor... Los de su isla decíanla: «No te vayas... Hace frío en el continente... El invierno te matará.» Pero la criollita era incrédula respecto á que existiese el invierno, y no co-